

Raquel Barthe

Una metida de pata

Ilustrado por Analía Godoy



Lo que me pasó para el Día de la Madre es realmente como para morirse de vergüenza.

Resulta que yo quería comprarle un regalo y había pensado en un florero de porcelana que sabía que a ella le gustaba. Aunque era un poco caro, decidí que era el regalo ideal y que ahorraría lo suficiente como para comprarlo.

Finalmente, después de contar hasta la última moneda, fui al negocio. La vendedora era muy amable y bonita. Quizá este último detalle haya sido lo que me distrajo porque mientras ella me sonreía y me explicaba que era una auténtica pieza de arte y qué sé yo qué más, tomé el florero entre mis manos para verlo mejor y... y no puedo explicar lo que pasó, pero el florero se me cayó y se rompió.

Me quedé parado con la boca abierta sin saber qué hacer o decir, hasta que escuché la voz de la vendedora:

— ¡Qué lástima!, porque de todos modos tendrás que pagarlo, ya que vos lo rompiste...

Me sentí como un tonto frente a esa maravilla de mujer que parecía salida de un catálogo de modelos publicitarios y, por otro lado, me sentí desesperado porque acababa de esfumarse el regalo del Día de la Madre.

Y en medio de tanta angustia, se me encendió una chispa de imaginación y le dije con un tono de hombre de mundo:

— No importa, lo pagaré, pero póngalo en una caja y envuélvalo para regalo.

— ¿Lo va a llevar igual?

— Sí, por supuesto, las obras de arte se pueden restaurar, ¿no?

Mientras yo pagaba, ella se acercó para entregarme el paquete y otra vez su sonrisa me envolvió en una nube rosada.

Salí a la calle preparando mentalmente la escena de mi llegada al hogar. Tendría que recurrir a todas mis dotes teatrales para quedar bien con mi madre.

Llegué, abrí la puerta de calle y desde allí grité:

— ¡Mamá, feliz díaaa...!

Y al mismo tiempo, simulé tropezar con el felpudo y caer de narices a sus pies.

— ¿Te lastimaste, Gabriel? —preguntó preocupada mamá.

— No, pero se debe haber roto tu regalo... — fingí lamentarme.

Y ahora viene lo insólito, lo increíble y lo vergonzoso: mamá abrió la caja y adentro encontró cada pedazo del florero, ¡prolijamente envuelto en papel de seda!